

Pocos medios en Cuba realizan un periodismo científico sistemático y profundo como el que durante décadas ha sostenido la revista **BOHEMIA**, con temas diversos, sugestivos y abordados desde una narrativa que ha sabido poner “la ciencia en lengua diaria”, según expresara el Apóstol. Si bien los primeros números del semanario privilegiaron temáticas culturales o afines a la crónica social, el debate científico también estuvo presente, aunque esporádicamente –la actividad investigativa era débil y dispersa–, a menudo camuflado en notas de corte psicosocial o en promociones a medicamentos y servicios. En la edición 51 del 19 de diciembre de 1915, encontramos por primera vez un apartado al que se denominó “La nota científica de la semana”. Hoy reproducimos el artículo que podría ser el primero de corte científico publicado en la revista.

En el laboratorio clínico del doctor Leonel Plasencia

(La nota científica de la semana)

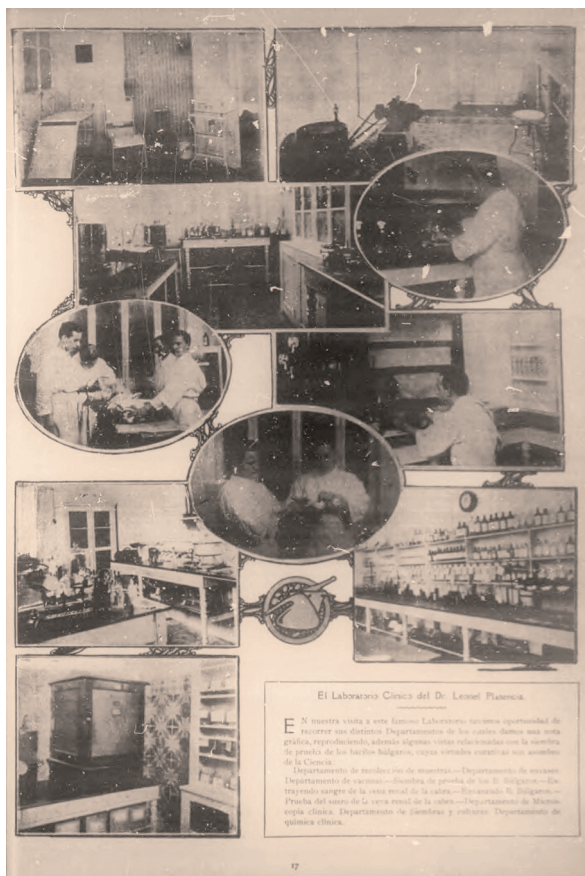
Por Igotus

EL pasado domingo tuvimos el placer de asistir a la inauguración del Departamento de Productos Biológicos del doctor Leonel Plasencia. La fiesta, sencilla, nos encantó, ya que en el disfrute de ella tuvimos el placer de oír, de labios del propio doctor Plasencia, la historia de su institución científica, la más importante entre las privadas de toda la República.

Esa historia, que nos revela el sabio lleno de energías y entusiasmo, vamos a transcribirla aquí para que el lector de por sí juzgue si tenemos o no razón.

El laboratorio que nos ocupa fue fundado el 12 de noviembre de 1902 por los doctores Alfredo y Emilio Martínez y el doctor Leonel Plasencia, entonces catedráticos los dos primeros y ayudante el último de la Escuela de Medicina, por lo que llevó el nombre de “Martínez Plasencia”.

Cuatro años más tarde el doctor Emilio Martínez, por el excesivo trabajo de su clientela, se retiraba y quedó el laboratorio a cargo del doctor Martínez y el doctor Leonel Plasencia.



Facsimil de la segunda página. Imágenes del Laboratorio clínico del Dr. Leonel Plasencia.

En esa época, el doctor Leonel Plasencia estudió y publicó las unidades urológicas de Cuba, el segmento antropométrico normal de los cubanos y las cifras normales de los elementos morfológicos de la sangre en Cuba. Con el doctor Emilio Martínez publicó dichos datos en una obra, hoy de texto en la Universidad de Microscopia y Química Clínica.

Con el fallecimiento del doctor Alfredo Martínez, ocurrido en el mes de enero de 1910, quedó disuelta la sociedad y como único dueño del Laboratorio el doctor Leonel Plasencia.

Por circunstancias especiales y siendo escaso el local que ocupaba en Consulado y Ánimas, el local se trasladó a otro espacio y consta en la actualidad de departamentos de Química Clínica, Esterilización y Preparación de Medios de Cultivo, Siembras, Ultramicroscopía, Centrifugas, Destilaciones, Animales inoculables y Microscopía.

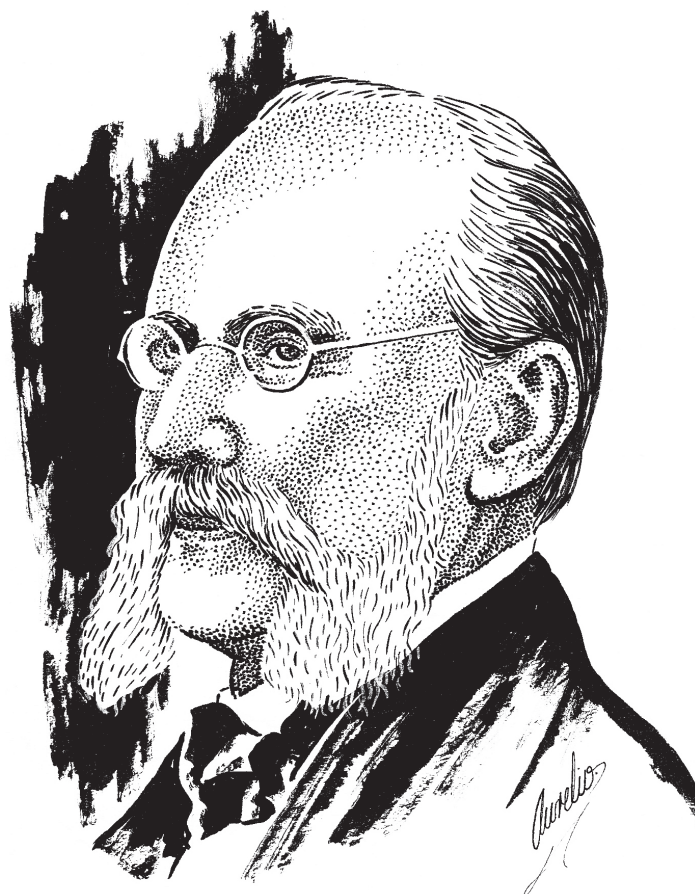
Debido al exceso de trabajo de clínica Plasencia dejó de practicar en el laboratorio los análisis industriales y de minerales, entre otros.

De justa y merecida reputación goza el laboratorio, que en su antigua casa hubo de realizar, solamente, 13 600 análisis. Estos análisis merecen la confianza de todos los facultativos que saben los concienzudos y exactos que son.

Allí se han prestado grandes servicios a la ciencia, preparándose vacunas y sueros del valor del hematopoyético, en cuya preparación hubieron de intervenir eminencias médicas de reconocida fama en nuestra capital.

El doctor Leonel Plasencia, justicia es reconocerlo, ha sabido hacer de su laboratorio un instituto que es a Cuba lo que el Pasteur a la Europa civilizada. Nadie, a simple vista, podrá imaginar la importancia de un Laboratorio moderno.

Los célebres de la Edad Antigua, en los que se buscaba



“Ella, la ciencia, fue quien dio aliento a Finlay, que engrandece el nombre de Cuba”. Ilustración AURELIO/Archivo de BOHEMIA

inútilmente secretos por los alquimistas, resultarían inofensivos al lado de estos otros donde se cuentan con recursos poderosísimos que el hombre ha sabido arrancar de la naturaleza.

Viendo el que da motivo a estas líneas, el propio doctor Fausto quedaría asombrado y hasta el charlatán José Bálsamo hubiese abierto desmesuradamente los ojos.

No buscan los sabios contemporáneos la piedra filosofal, ni tratan de dar con la fórmula de fabricar oro; buscan reactivos capaces de combatir las enfermedades que minan el organismo humano salvando a las más víctimas posibles de caer en manos de la traidora Parca.

Un establecimiento de esta índole, en el que día y noche se labora por el bien de los

hombres, merece más que un templo, el respeto y la veneración de todos.

La ciencia, esa deidad augusta que los antiguos adoraban en Minerva, ha seguido siendo la única idolatría de los sabios. Por ella va Humboldt de un extremo a otro del universo; por ella Curie se resigna a vivir en la oscuridad hasta el instante en que es arrollado por un carruaje y se le hace justicia definitiva. Por ella, para concluir, es que los abnegados sucumben con la sonrisa en los labios...

El bien de sus semejantes, el amor al prójimo, es el único de los sectarismos de estos locos sublimes que con Jenner nos libran del azote de la viruela y que más tarde, con Pasteur, encuentran el suero para combatir la rabia.

Ella, la ciencia, fue quien dio aliento a Finlay, que engrandece el nombre de Cuba, extirpando la fiebre amarilla y haciendo posible la apertura del Canal de Panamá.

Esa ciencia fue también la que sonrió con sonrisa de novia, a don Felipe Poey primero y luego a Albarrán. Ella lo es todo en la vida. Es la gran palanca propulsora que empuja el hombre a la perfección...

En noviembre de 1912 se inauguró el Laboratorio Plasencia y el Departamento de Vacunas y Sueros Especiales en el laboratorio. El doctor Manuel Martínez Domínguez fue nombrado jefe de dicho departamento.

Allí se fabricó desde el principio suero de la vena renal de la cabra y se preparaban vacunas exclusivamente autógenas, pero como las necesidades del ejercicio profesional exigieron la preparación del suero hematopoyético, que fue fabricado por primera vez por instrucciones de los doctores Ángel Arturo Aballí y Antonio Valdés Dapena. También se continuó su preparación, así como la de vacunas heterogéneas llamada por los americanos de Stoks.

En diciembre del año 1914 se presentó el Laboratorio Clínico del doctor Plasencia en el concurso de la Exposición del Tercer Congreso Médico Cubano, del que se ocupó **BOHEMIA**, obteniendo un primer premio por sus productos biológicos.

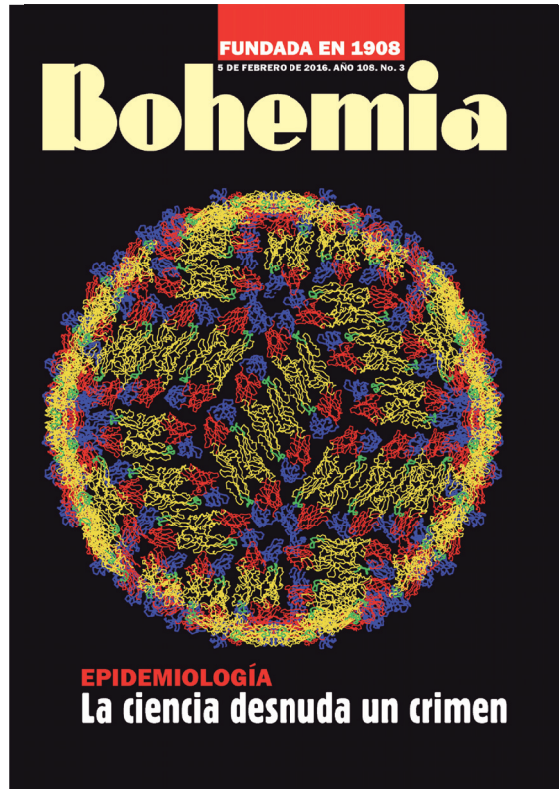
Como de entonces a acá el progreso continúa, hubo necesidad

de extenderse a la casa vecina y separar por completo las preparaciones de productos biológicos del Laboratorio.

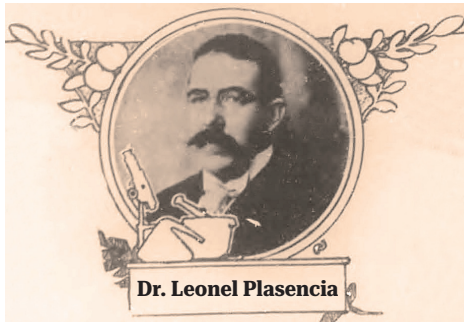
Finalmente, lo inaugurado en la noche del 12 de los corrientes, constaba de 6 departamentos: de preparación de vacunas bacterianas, de medios de cultivos y esterilización, de recolección de muestras, sala de operaciones, departamento de cultivos de bacilos y departamento de envase.

Al empezar los doctores Alfredo Martínez y Leonel Plasencia realizaban todo el trabajo. Con el tiempo fueron incluyendo ayudantes, mecanógrafos, tenedores de libros, químicos y otros especialistas sanitarios.

El aumento del personal, según relatan, estaba a la altura del Laboratorio Clínico del doctor Plasencia, a quien muy sinceramente felicitamos por sus éxitos en el campo de la ciencia.



Portada de la edición 3 del año 2016, dedicada a un trabajo sobre el virus del dengue. Archivo de BOHEMIA



L EONEL Plasencia Montes (Madruga, 1877-La Habana, 1923) fue un médico, cirujano, microbiólogo, bacteriólogo, científico, ensayista y catedrático cubano, que estableció una fórmula hemoleucocitaria para Cuba. Su centro, fundado en 1902, se consideró el más destacado y prestigioso laboratorio clínico y biológico existente en la Isla en el primer cuarto del siglo XX. Allí realizó diversos estudios avanzados para la época y descubrió el microbio causante de la llamada gripe española, la más grande pandemia sufrida por la humanidad antes de la causada por la covid-19.